

Editorial

¡Basta de hambre!

Silvio Marinelli / Director

Desde hace décadas los gobiernos de muchos países y las organizaciones internacionales promueven campañas para erradicar la plaga del hambre.

En realidad, a pesar de los esfuerzos – algunos más coherentes y efectivos y otros con muchas carencias en su planeación –, no han logrado los resultados esperados y mucha gente – ¡demasiada! – vive o sobrevive todavía con el fantasma del hambre.

En efecto, nos damos cuenta de que el problema no radica en la falta de alimentos: la “madre tierra” es capaz – a pesar de las previsiones catastróficas de los maltusianos – de producir alimentos para todos. Muchos factores ligados a la producción, comercio y distribución se conjugan para que muchas personas (familias) no puedan disfrutar del aporte calórico diario que necesitan. Aspectos ligados a la educación, la cultura, el mercado del trabajo y también la publicidad no hacen más que agigantar el problema.

Por otro lado, también la abundancia de productos alimentarios entraña serios problemas de salud pública: un aumento espantoso de patologías asociadas a la mala y/o excesiva alimentación. Si por un lado en nuestro país hay gente que no tiene qué comer y desarrolla una infinidad de problemas y patologías ligadas a la penuria (pensemos en las consecuencias mentales y emocionales a causa de la falta de alimentos adecuados para nutrir a bebés y niños), por otro lado nuestra sociedad está amenazada por otros problemas: sobrepeso y obesidad con todas las secuelas que ya bien conocemos.

Desde un punto de vista antropológico, además, el nutrirse no es sólo una actividad fisiológica, sino que involucra la dimensión social y comunitaria del ser humano. Pensemos en la tragedia que representa para los padres no poder “dar de comer” adecuadamente a sus hijos: no es sólo falta de recursos, sino conlleva un fracaso en la tarea primaria de proveedores y socava el sentido de dignidad y de estima personal.

Para presentar otro ejemplo, pensemos en el valor de “comunidad” familiar que tiene el comer juntos, asociado al diálogo y a la coparticipación de los proyectos realizados o por hacer: el alimento permite el desarrollo de la unión familiar – paradigma y matriz de una fraternidad más amplia – y favorece grandemente el espíritu comunitario contra todas las tendencias a la disgregación del tejido social.

Desde un punto de vista psicológico, además, no podemos olvidar los grandes problemas ligados a un clima de necesidad permanente y de falta de seguridad: la incertidumbre respecto a la satisfacción de esta necesidad primaria engendra muchos problemas psicológicos que perjudican el desarrollo de la persona de manera duradera.

Sean bienvenidas todas las iniciativas que, de una u otra manera, enfrentan, sensibilizan o alertan sobre estos aspectos de la seguridad alimentaria. Es necesario un esfuerzo conjunto para ofrecer a todos las posibilidades de una alimentación adecuada y ofrecer la educación nutricional que permita ser responsables frente a este fenómeno.

El cristianismo encuentra en su fundador, Jesús, motivos más que suficientes para entregarse a esta tarea: mucha enseñanza nos la dejó en las comidas que compartía con todos como signo de una nueva fraternidad universal, nos legó el símbolo de su presencia en un rito-comida (la Eucaristía) y nos alienta a reconocerlo y servirlo en los que padecen hambre: “Tenía hambre y me dieron de comer”.